

6. *Daimón* (1978)

A diferencia de los *Los perros del Paraíso*, novela cuyo protagonista cuenta ya con una serie de referentes, oficiales y extraoficiales, difundidos ampliamente, en el caso del protagonista de *Daimón*, Lope de Aguirre, la historia todavía lo presenta como un personaje deformado y parcial: tirano, loco y traidor.

Otros autores que han elegido a Lope de Aguirre como protagonista de sus novelas son los venezolanos Arturo Uslar Pietri con la novela titulada *El camino del El Dorado* (1947) y Miguel Otero Silva con *Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad* (1979). También Aguirre fue llevado al cine por el alemán Werner Herzog en 1975, con el filme titulado *Aguirre, la cólera de Dios* y en 1998 el español Carlos Saura estrenó la película *El Dorado*.

En *Daimón* Posse retoma la historia de la rebelión de Lope de Aguirre y sus hombres a partir de variados textos documentales y novelísticos. Están las tres cartas de Aguirre, una dirigida al padre Montesinos, otra al gobernador Collados y la tercera al rey Felipe II. Se conservan alrededor de diez relaciones escritas por testigos presenciales y diversas cartas y declaraciones acerca de los sucesos.

La intención de Posse con esta novela, más que presentar un retrato más humano de un personaje ampliamente manipulado, es tomar a la figura del conquistador como un símbolo o, en palabras de Ingrid Galster, un arquetipo que puede identificarse a lo largo de los quinientos años de la existencia de la América Hispana. En esta novela nuevamente puede apreciarse la capacidad

del escritor para sintetizar en la historia de un personaje la problemática de todo un continente.

Daimón es lo que llama Severo Sarduy una novela barroca: con su dosis de ambigüedad y artificio, el retorno a lo primigenio del que habla el autor cubano se hace evidente en esta novela que responde a muchos de los paradigmas estéticos y experimentos literarios de los años 60 y 70. También en el caso del personaje histórico, Pastor afirma que:

En Lope de Aguirre convergieron de forma reveladora muchos de los problemas centrales de una crisis que, aunque se manifestaría con rasgos propios y antes de tiempo en las colonias, compartía elementos centrales de una crisis más amplia que en España culminaría en una conciencia barroca. ("Lope de Aguirre el loco..." 164)

Respecto a las características barrocas, tanto del personaje histórico como del literario, se hablará más adelante.

El texto se encuentra dividido en dos partes: la primera, titulada "La epopeya del guerrero", habla sobre la rebelión de Aguirre y su eterna lucha contra los hombres que ha asesinado; la exploración de la selva amazónica y su llegada a las ciudades míticas de Omagua y El Dorado. La segunda parte, "La vida personal", cuenta la estancia del tirano en Machu Pichu con Sor Ángela; su encuentro con plantas alucinógenas y su peregrinar de cuatro siglos hasta la Argentina del siglo XX y las dictaduras sudamericanas de los años 70. De esta forma se redimensionaliza el personaje desde una perspectiva atemporal, a la

manera de Nietzsche, desde su eterno retorno, concepto que implica la negación de la historia, ya que si ésta supone un proceso de transformación, la repetición infinita niega su evolución; eso permite ver en el pasado lo que está ocurriendo en el presente. En la primera página del libro, a manera de epígrafe, se hace una breve biografía del personaje que culmina diciendo que Lope de Aguirre “siguió viviendo en el Eterno Retorno de lo Mismo, que es una espiral espacio-temporal” (8).

La primera parte de la novela se subdivide en cinco partes; cada una corresponde a un arcano o secreto del Tarot: "El juicio de los muertos", "El Diablo", "La Emperatriz", "El Emperador" y "El As de Oros". De la misma forma, la segunda parte se subdivide en "La Torre Abolida", "Lo Abierto", "El Colgado" y "El Sol". De esta manera, la novela se sitúa en una atmósfera mágica, de seres imaginarios, de presagios y de situaciones predestinadas. Esta visión milenaria de la determinación del destino, es una analogía del eterno retorno planteado por el filósofo alemán, además, al encuadrar el relato dentro de un pensamiento mágico como es el Tarot, se parodia la historia oficial, ya que las artes adivinatorias, por definición, carecen de rigor científico.

Al igual que en *Los perros del Paraíso*, se toman algunos elementos de las antiguas crónicas, como el resumen al principio de cada capítulo, en el que supuestamente se rescata lo más relevante de los acontecimientos. Curiosamente, este recurso nuevamente se utiliza como elemento paródico, ya que el tiempo en esta novela está completamente trastocado. Incluso al principio

de un capítulo pueden encontrarse momentos históricos que no tienen ninguna relación entre sí:

Merodeos de Aguirre por la América revolucionaria. Encuentro con el reseo Pizarro. Diversión histórica: Ayacucho. Regreso al hogar. Fracaso de un matrimonio. Otra vez la Voz y un abobinable acto retórico. Huamán, amauta y gurú. La ayawaska y sus terribles visiones de liberación. La unidad perdida. Lo Abierto, hasta que Hiram Bingham descubre (oficialmente) Machu Pichu. (189)

Como puede verse en este ejemplo, son resúmenes compuestos de frases lacónicas y sin un sentido completo. Además, no hay un orden cronológico, se menciona primero la América revolucionaria y luego un encuentro, desde luego ficticio, con Pizarro, para luego hablar de la batalla de Ayacucho en Venezuela y otros momentos que son parte de la ficcionalización del personaje, hasta llegar a los inicios del siglo XX y el descubrimiento oficial de Machu Pichu. Esto muestra la desestructuración temporal que conforma la novela, como parte de una experimentación estilística.

También las comillas cumplen una función distinta que en *Los perros del Paraíso*: enmarcan los diálogos entre los personajes, haciendo más difícil la detección de frases intertextuales, citas y palimpsestos, ya que no da ninguna señal para identificarlos, por esta razón, se apela a los referentes del autor. En general es un texto cifrado, en el que a los personajes no ficticios se les atribuyen hazañas ficticias y a los ficticios hazañas reales.

Las notas al pie de página generan rompimientos, ya que son datos extranarrativos que aportan información complementaria al relato; crean perspectiva, debido a que en muchas ocasiones son comentarios que hace el narrador desde el presente; y además son un pretexto para criticar a la cultura europea desde otro punto de vista, como en el siguiente caso, en el que puede verse la diferencia entre la cosmovisión americana y la europea al momento de nombrar las cosas:

En su enfermiza afición por los aparatos de tortura habían bautizado "Cruz del Sur" a la misma constelación romboidal, estrecha y alargada, que los tupí-guaraníes llamaban *Omoy-Coyé*, que podría traducirse como vagina celestial (Dicc. Guaranítico, Rodríguez & Cohen, Mont., 1925)". (35)

En esta nota al pie, atribuída, al igual que en *Los perros* a un judío, y que es obviamente ficticia, el narrador marca un contraste entre la forma de concebir el mundo de los europeos enfocada a la práctica a la tortura, pero también con un referente religioso; a diferencia de la concepción tupí-guaraní, que aunque también podría ser religiosa, es más femenina y carnal.

En términos generales no existe en *Daimón* ninguna precisión histórica y tanto los personajes como el hecho que da origen a la novela (la rebelión de Lope de Aguirre contra el Imperio Español de Felipe II) son un mero pretexto para hacer una reflexión más profunda sobre la realidad latinoamericana. Tal como lo dice Beatriz Iacoviello, en *Daimón* se hace un contraste de manera

insistente entre la cultura judeocristiana de la culpa, por un lado, y la supuesta armonía entre el hombre y la naturaleza del nativo americano, por otro.

Hay un énfasis en la enorme diferencia de valores entre españoles y americanos. Ésta se hace evidente en dos aspectos fundamentales: el primero es la obsesión de los españoles por el oro, al que los americanos le dan una importancia secundaria, y en segundo lugar el goce corporal que los nativos viven sin remordimientos, a diferencia de los conquistadores, que no pueden vivir sin la conciencia del pecado.

Para lograr esto, Posse invierte el discurso histórico oficial: los americanos descubren Europa debido a la llegada de los europeos; con esto se complementa la visión eurocéntrica que predomina en la historia oficial y se completa el hecho histórico, pues efectivamente los nativos también descubren otro mundo por medio de los conquistadores, aunque no conozcan las tierras de las que provienen, se enfrentan con la cosmovisión occidental:

El 12 de octubre de 1492 fue descubierta Europa y los europeos por los animales y hombres de los reinos selváticos. Desde entonces fueron de desilusión en pena ante el paso de estos seres blanquiñosos, más fuertes por astucia que por don. Se los veía como una angustiada pero peligrosa congregación de expulsados del Paraíso, de la Unidad primordial de la que ningún hombre o animal tiene por qué alejarse. (28)

Durante todo el texto aparecen menciones de plantas y animales, y cómo fueron replegándose a lugares alejados de los “íberos” (sic). Con esto se

muestra, además de la depredación humana, la devastación de otros seres vivos: la denuncia que hacen de la caza y la tala indiscriminada los seres agraviados son rasgos prosopopéyicos, que subrayan la idealización de América y manifiestan la degradación del hombre de Occidente:

No sólo los hombres de los pueblos selváticos, sino también las plantas y los animales, pronto quedaron convencidos de que estos invasores estaban profundamente enemistados con el Espíritu de la Tierra. Carecían de armonía y de paz. Daban la impresión de haber sido paridos para correr como lobos hambrientos. (49)

Animales, plantas y seres humanos son testigos “conscientes” de la usurpación y de la pobreza espiritual de los invasores, que abusaban de las mujeres y se daban a todos los vicios, como si no pudieran comprender la libertad sin el crimen.

En contraste con *Los perros del Paraíso*, en donde Colón se va convenciendo cada vez más de que ha llegado al Paraíso, en *Daímón* el narrador va mostrando cómo los “blanquiñosos” convierten a este paraíso en un infierno, debido a su incompreensión de la nueva naturaleza que está ante sus ojos y por culpa de su religión que “sólo de pecado hablará” (50), tal como se apunta también en *La visión de los vencidos*.

La narración abunda en descripciones exuberantes: la selva absorbe a los conquistadores y devora sus sembradíos sin dejar ver sus frutos; la naturaleza vence en algunas ocasiones el imperio de destrucción que ha traído Occidente; el Paraíso pierde en esos momentos su encanto. Con este tipo de apreciaciones

el autor cae en el exotismo común de la literatura emancipatoria del siglo XIX, y en la literatura realista de principios del XX, cuando se pensaba que la forma de hacer una literatura genuinamente americana era ilustrando los paisajes y las costumbres del continente. Recuérdese *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, cuyo personaje principal es la selva colombiana. Desde luego que en *Daimón* el uso de topografías es mucho más complejo: la apabullante naturaleza de la selva amazónica es lo único que hace vulnerables a los conquistadores, paradójicamente, la tierra conquistada los consume; el Paraíso de Colón se convierte en el Infierno de Lope:

Se apersonaban ante Lope hombres de tropa corroídos por la desilusión: <<Vuesamercé, ¡uno querría ver prosperar alguna plantación! Pero inútil plantar nada. ¡Dile tú a nuestro Príncipe, dile lo que pasó con tus alubias!>> Y otro: <<¡Bueno, sí! ¡Es que plantamos una bolsa de semilla y que las otras estaban esperando a que nacieran. Y apenas un poco creciditas, estas otras tan voraces se abalanzaron... Esas plantas de brazos amarillos que dan una flor negra... Se abalanzaron como animales y se devoraron en un santiamén las alubias jóvenes.>> <<La Conquista está bien y el Imperio Marañón muy bien, pero uno quiere ver su huertecilla, sus cochinos y empezar a exportar ¿no?>>. (43)

En este fragmento, además de verse la vulnerabilidad del español ante la naturaleza también puede apreciarse el conflicto resultante al querer implantar las mismas formas de agricultura y ganadería españolas en un continente

nuevo. Así sucedió en todos los aspectos de la cultura, los invasores llegaron con sus usos y costumbres y se enfrentaron a la descontextualización de sus hábitos. Éste es otro rasgo importante del choque de dos culturas y hace ver que los problemas no sólo fueron para los vencidos, sino también, aunque desde luego en menor grado, para los vencedores.

Es importante señalar este fenómeno, ya que es el fundamento del discurso de la rebelión: Lope de Aguirre considera que todos los trabajos que tienen que pasar para someter a los pueblos americanos, los hacen acreedores a los frutos de la conquista. No hay ninguna razón para rendirle tributo a una Corona que impone leyes injustas, que no representan ninguna ventaja para los exploradores. Aquí se conjuntan dos fenómenos que llevan a Aguirre a rebelarse: el primero es la arbitrariedad que ve en las políticas de la Corona; el segundo es que, como lo dice Irving Leonard, después de las conquistas de incas y aztecas, difícilmente se iban a hallar tierras acordes a sus expectativas:

Como las expediciones se desparramaban por las recién descubiertas tierras, los hallazgos raras veces estaban a la altura de sus deseos, y el creciente desengaño que sufría el conquistador desvirtuaba la validez que los mitos y leyendas parecían poseer. La prosaica realidad no daba la medida de los sueños que le habían empujado a la aventura. (cit. en Pastor, "Lope de Aguirre el loco" 161)

Esta situación, planteada a nivel historiográfico por Leonard y Pastor, Posse la lleva al terreno de la ficción haciendo uso de la ironía; incluso, Lope de Aguirre es poseído por un demonio (Daimón):

Aguirre está seguro que su demonio se instaló por contacto venéreo: alguna de aquellas ramera sirias de Estambul (una tenía un senito entre las piernas, lo vio tarde). Tal vez le envenenaron el vino los ciegos de Brujas cuando los robaba a los dados, en tiempo de los tercios. (30)

Durante toda la obra se hace referencia a esta condición “demoniaca” del protagonista; con esto se acentúa la ridiculización de la religión católica y se radicaliza el carácter paródico y alegórico del personaje, ya que uno de los pretextos para ocupar el Nuevo Mundo era la evangelización, el hecho de convertirse en un demonio dentro del Paraíso, también resulta irónico; además, la imagen del demonio es una alegoría del mal.

El narrador, extradiegético, no cuenta las peripecias del personaje histórico, más bien rescata algunas de las características de la figura mitificada de Lope de Aguirre: su crueldad, su ambición y su rebeldía.

No otra cosa hace Abel Posse en su novela *Daimón* al convertir a Lope de Aguirre en un personaje alegórico de una identidad americana hecha de la contradictoria mezcla de ambiciones territoriales, pasiones violentas y voluntad “integradora”. (Aínsa, *Identidad cultural iberoamericanana*, 304)

El inicio del relato es caótico, casi escritura automática, en la que se describe la selva; sólo avanzadas algunas páginas se entiende que Aguirre está muerto y está luchando en contra de aquellos hombres a los que asesinó:

América. Todo es ansia, jugo, sangre, savia, jadeo, sístole y diástole, alimento y estiércol, en el implacable ciclo de leyes cósmicas que parecen recién establecidas [...] El viejo Lope de Aguirre regresa al campamento de su combate nocturnal contra los muertos y encuentra en la primera claridad los bultos de su tropa dormida en ese aire espeso y empapado de la selva por donde caminan las alimañas. (11-12)

El tiempo en la narración es impreciso y el paso del personaje por quinientos años de historia recuerda a *Orlando*, protagonista andrógino de la novela de Virginia Woolf que vive del siglo XVI hasta el siglo XX. Desde el epígrafe se manifiesta la rebelión de Aguirre en contra de Felipe II para fundar el Imperio Marañón, primer territorio independiente de América. El resto de la novela es una conjunción entre pasado y presente, realidad y ficción. Una vez que el protagonista regresa de entre los muertos, le pide a su escribano que redacte lo siguiente:

Escribes que vuelvo a llevarle guerra, como entonces, de Príncipe a Príncipe y también repites la frase aquella de que él se quede con su Dios que yo prefiero mi Demonio. Y que después de quince siglos de tanto Cristo estamos como estamos que lo invito a probar del lado del demonio, ¡a ver qué pasa! Y esta frase, anótala bien: Excelentísimo Señor, me dispongo a una larga jornada que no sé cuándo tendrá término. Es la jornada de América. Voy con mis verdugos y mis víctimas por estas tierras fantásticas . Vuelvo a firmar esta carta con

mi título de Traidor, que no es fácil conquistar. Porque debo traicionaros para poder ser el Rebelde (así con mayúscula). (23)

En el fragmento anterior existen dos planteamientos importantes para el resto de la novela: el primero es el discurso de rebelión que coincide con lo mencionado en capítulos anteriores. Y en segundo lugar la crítica, abierta, irónica y deliberadamente blasfema que se hace del dios de los católicos, al ponerse en contra suya, se le puede comparar con Lucifer. Es además la reescritura de una de las tres cartas que escribe Aguirre al Rey.

Desde el principio del texto Lipzia, un singular personaje judío con ciertos poderes premonitorios, avisa: “Otros dicen que después de las crueldades de Sacsahuamán, los amautas del Cuzco te embrujaron: dicen que te condenaron a vivir y a que te vuelvas indio, para que veas lo que se siente...” (20).

Con esto se enuncia otra de las tesis importantes de este libro: la experiencia de un conquistador vencido que debe sufrir en carne propia lo que hizo padecer a sus víctimas. La paradójica vida a la que es condenado Aguirre se traduce en su vagar, como judío errante, por la historia de las revoluciones latinoamericanas siendo un marginado, tal como las han vivido los indios: las independencias, y las rebeliones subsiguientes, no han sido suficientes para reivindicar su raza y se les siguen considerando minorías sin derechos culturales, siguen siendo “los otros”.

Cabe mencionar nuevamente que Pedro Henríquez Ureña, a principios del siglo XX, reconoce en los exploradores del continente a los primeros hispanoamericanos, no por nacimiento, sino por el cambio que sufre su

cosmovisión debido al contacto con una tierra desconocida, este cambio los convierte en seres distintos a los europeos. Al igual que Colón, Lope se va transformando en sudamericano, tiene lugar un proceso de americanización que va identificando al conquistador con el mundo conquistado.

En la segunda parte, dedicada a la vida personal, Aguirre se enamora de Sor Ángela, la monja-niña de 56 años que es acusada en su convento de prácticas demoniacas. Lope se la lleva a vivir a Machu Pichu; ahí se celebra su matrimonio en medio de una lujuria mística, erotismo y perversión, rasgos que también ya se habían identificado en la novela analizada anteriormente. El rito celebrado para su enlace es una mezcla de las creencias católicas y las incaicas. Se entrelazan además los deseos sexuales de los amantes con la presencia religiosa; entonces el acto sexual cobra una dimensión sobrenatural:

Sor Ángela sentía que estaba llamando la atención del Señor sobre ellos. Y una vez que el Señor se fijara en ellos (se lo presumía en la distracción cósmica) quedaría transformado en el Supremo Voyeur: en el tercero vejado, el tercero excluido que todo acoplamiento de los humanos cuerpos implica. El Señor tendría que merodear espiando, sufriendo con cada jadeo. Tendría que fisgonear dolorosamente a través de los mínimos entresijos de la arquitectura incaica (de tal perfección que entre sus piedras no es posible deslizar un cuchillo de hoja fina). (157-158)

Es importante que Lope haya llegado precisamente a este lugar que es considerado por los quechuas “el ombligo del mundo”. Huamán, el amauta o

sabio inca que acompaña a Lope en la segunda parte de su peregrinación le explica:

Es Machu Pichu Aguirre, que es como decir el corazón...entrarás para las nupcias. Te asistiré cuando sea necesario. Aquí desanudarás el nudo de tu cuerpo, verás. Te recordarás como un ovillo. Te pondrás lacio. ¡Era hora, Lope!: Los cuerpos no han sido creados como instrumentos de infelicidad, como enseña tu religión, aunque te hayas puesto del otro lado de ella ...No teman: avancen no más. Las escalas a veces parecen bajar, pero en realidad suben...¡Adiós!

Era el 9 de abril de 1802. O sea que entraban en Machu Pichu 109 años antes que su descubridor oficial para la raza blanca, el profesor Hiram Bingham de la *University of Yale USA*. (149)

La llegada a Machu Pichu es uno de los primeros indicios del proceso de americanización de Lope. Esta ciudad representa uno de los máximos y más admirados logros de las culturas precolombinas; además, es uno de los sitios más visitados del mundo, sobre todo por europeos. No es casualidad que el autor elija este lugar para marcar el inicio de la transformación del personaje. En la cita anterior se reitera la cultura de la infelicidad impuesta por el cristianismo; aún cuando Lope se rebeló contra su religión, su actitud sigue correspondiendo a la cultura de la que proviene.

Poco después de su matrimonio empiezan las revoluciones de independencia, que el narrador enuncia de manera desordenada. Con ironía ilustra los festejos por la libertad de los Pueblos Americanos: “La casa vibraba

de la alegría de vivir. La reunión en su apogeo. La orquesta con los ritmos de moda: valeses, minués, vidalás culteranas, pericones versallescós” (176).

Finalmente los criollos se han liberado de España y se proclaman como dueños de América. La conquista es definitiva, la cultura occidental se consolida como la cultura “oficial” de América; tan es así que el triunfo se celebra con música traída de Europa. Aguirre, considerado primer rebelde de América, presencia la independencia como un marginado, en forma pasiva. Aquí es importante recordar que Beatriz Pastor descarta la relación de Lope con los movimientos independentistas posteriores, Pastor encuentra en Lope a un personaje anacrónico, capaz de percibir la transformación conflictiva de los hombres de su tiempo: su transformación de españoles en americanos, casi trescientos años antes de que se empezaran a gestar las revoluciones de independencia en las que los criollos reclaman su pertenencia al Nuevo Continente y por lo tanto los beneficios de su tierra. Esta interpretación de Aguirre es muy similar a la construcción del personaje de *Daimón*. La autora también señala la locura del personaje histórico y su marginalidad, Lope de Aguirre es

El vasallo traicionado y abandonado por su rey. Es también el descubridor fracasado, el buscador de quimeras, el hombre desengañado de un mundo que ha traicionado sus ideales y dejado de cumplir sus promesas. Y, finalmente, es el chapetón marginado, el conquistador sin hacienda, poder ni posición, que ve su última

oportunidad de ingresar a la historia en la ruptura con el orden que lo encierra en esta triple enajenación. (“Lope de Aguirre el loco” 167)

Condenado al “espacio sin tiempo e historia de la locura y el mal” (166), Aguirre es despojado de su identidad y se convierte en el espíritu de un hombre muerto, y es este espíritu atormentado, que ha perdido hasta la esperanza de dejar de existir, el protagonista de la novela de Posse.

Después de haber presenciado las independencias, Lope decide hacer caso a Huamán y experimentar con las plantas de conocimiento. Entra en una nueva etapa de americanización, en esta experiencia declara que “nada temía más que perder la identidad. <<¡Eso es peor que la muerte! ¡Peor que la muerte! ¡No!>>, imploró vergonzosamente” (207). La pérdida de identidad es uno de las grandes heridas de América Latina y es la consecuencia inevitable de la conquista de un pueblo. Que se pongan en boca de un opresor estas palabras es una amarga ironía. Sin embargo, en este tránsito hacia “lo abierto”,

Aguirre fue llegando sin darse cuenta. Paso a paso, de la mano de una maravillosa fuerza de noluntad que reblandecía todos sus propósitos. Ese firme triunfo de la noluntariedad demostraba que su blanquiñoso prurito de hacer estaba quebrado en su base. Su sudamericanidad era ya casi completa. (213)

Con la adquisición de esta nueva identidad el miedo se disipa. El contraste entre dos mundos empieza a convertirse en una nueva categoría: la sudamericanidad, que es el producto del conflictivo sincretismo de dos culturas antagónicas, irreconciliables, imposibles de reconocerse una en la otra. Aguirre

decide “ser”, que como se dice en el texto, es la diferencia esencial entre nativos y “blanquiñosos”, que basan su existencia en el hacer; aunque a Aguirre no le acaba de gustar su nueva identidad y teme, debido a su compenetración con los indios, “convertirse en un santo”. Esto último es desde luego una parodia de la imagen de tirano que ha creado la historia oficial.

El personaje reanuda su peregrinación y llega a un supuesto congreso indígena en 1938, al que asisten hombres, mujeres, plantas y animales para dar un informe de lo que han perdido. Aquí se retoma la prosopopeya de la que se habló al inicio del capítulo:

Las plantas lograron transmitir a través de la delegación campa un largo y detallado informe sobre su penosa situación. Habían sido brutalmente transculturadas. El más primario espíritu comercial había modificado la vegetación de las costas oceánicas y de las tierras fértiles del interior [...] El afán de lucro había alterado sustancialmente la original armonía divina (las plantas manifestaban en su informe su conocida inclinación mística). (236)

Esto es sólo un pequeño ejemplo del delirio y el barroquismo que permean toda la novela. Es sobresaliente la manera en la que el narrador introduce términos relacionados con los estudios latinoamericanos y se los adjudica a las plantas, como es el caso de la transculturación, término antropológico que Ángel Rama aplicó al estudio de la literatura hispanoamericana, y que, en términos muy generales, es el proceso en el que una cultura dominada toma elementos de una cultura dominante, y los asimila a

su cultura, dando como resultado un producto que posee elementos de ambas culturas. Rama encuentra en este concepto la solución teórica para la comprensión de las literaturas latinoamericanas; sin embargo, el narrador antepone un epíteto, “brutalmente transculturadas”, lo que denota que ésta no es una transformación feliz, sino un proceso violento. La prosopopeya muestra las dimensiones de la destrucción y al mismo tiempo transformación de América, además de ser otra forma de ironía. Al hablar de la “delegación campa”, que es un pueblo amerindio de la región montañosa del Cuzco, y al atribuirles a las plantas una “inclinación mística”, se hace una burla de las ideas preconcebidas que se tienen de esos pueblos.

En esta novela pueden encontrarse los rasgos distintivos que le dieron originalidad al movimiento barroco español, que incluye en su estética la conciencia de la decadencia política del país. En América pudo verse esta tendencia principalmente en personajes desencantados como Lope de Aguirre. Esta novela narra la experiencia de un personaje que no sólo se desilusiona de la realidad que le tocó vivir, sino que en su vagar por el tiempo se decepciona de todo el proceso histórico y político de América Latina. *Daimón* muestra la experiencia subjetiva del protagonista y su percepción va desde lo más sensual, relacionado con la naturaleza, hasta lo ideológico, relacionado con las revoluciones americanas. Esto da como resultado un texto oscuro y fragmentado, de difícil interpretación. Abel Posse lleva tres características del personaje histórico hasta sus últimas consecuencias: Aguirre el loco, el traidor y el peregrino.

El recorrido de Lope concluye en la América de las dictaduras. Aunque se mezclan referencias geográficas a toda Latinoamérica, principalmente al Amazonas, el espacio principal de la última parte de la novela es Santiago de Chile durante el golpe militar de Pinochet, en 1973. Todos sus compañeros de las viejas expediciones son ahora importantes personajes de la historia contemporánea: Carrión, su hijo bastardo y gran torturador en la época del imperio Marañón, es jefe de una dictadura militar, que podría identificarse, de igual forma con Chile o con Argentina.

Diego de Torres, el místico y santurrón de la expedición de Aguirre, se ha convertido en líder revolucionario estudiantil; Greta Peticari, la prostituta de la expedición, es ahora la Primera Dama de la República, e incluso se compara con Eva Perón; el escribano, Blas Gutiérrez es el director del diario liberal *El comercio*, por lo que es detenido y torturado.

El cura Alonso, gran defensor de la fe en las expediciones, es un partidario de la dictadura y oficia una misa de acción de gracias por el éxito del golpe militar. Aguirre intenta boicotearlo y es atrapado y torturado.

La Mora, una antigua amante de Aguirre, se convierte en una joven guerrillera que actúa contra el régimen de Carrión junto a Diego de Torres. Convince a Aguirre de que se una a la insurrección, pero éste muere atragantado por un hueso de pato antes de ponerse en marcha. La Mora es identificada con Tania, guerrillera que luchó hasta morir en combate en la campaña de Ernesto "Che" Guevara en Bolivia.

En este último capítulo se hace evidente la visión cíclica de la historia. El traslado de los personajes a la época contemporánea permite que se atenen con facilidad. En este sentido es que Aguirre se convierte en un símbolo que se identifica, más que con la tiranía, con los intentos del siglo XX de salvar a Latinoamérica del imperialismo. Finalmente la imagen del tirano se invierte, dando como resultado un personaje tan ambiguo y heterogéneo como la realidad latinoamericana.

Como puede observarse, *Daimón* es un experimento literario de suma complejidad. No se respetan los criterios de verosimilitud; los hechos narrados no respetan tiempo ni espacio y en muchas ocasiones carecen de lógica. Pero, a pesar de todo este caos narrativo, el trasfondo ideológico queda perfectamente claro: se denuncia, al igual que en *Los perros*, el abuso de poder, se idealizan las culturas americanas prehispánicas, se hace una fuerte crítica a la cultura occidental y se desacraliza en forma paródica el discurso histórico. Posse “renuncia conscientemente a la verosimilitud para re-inventar la historia de América sirviéndose de la materia que el episodio histórico pone a su disposición” (Galster 200).

La relectura de la historia de la que habla Fernando Aínsa parece sobrepasar en esta novela todos los límites de la ficcionalización, atribuyéndole a los personajes un transcurrir de 400 años. Además, con la información presentada no se sabe en realidad quién fue Lope de Aguirre, ni el tiempo y el espacio precisos en los que existió. Se atiende más a las dimensiones ideológicas de Lope que a sus acciones concretas; a través de la novela

únicamente se conoce la anécdota de su rebelión y aparecen algunos fragmentos de sus cartas y otros datos de los cronistas de la época, pero totalmente descontextualizados, lo que exige conocimientos por parte del lector para comprender la importancia de la obra, ya que en todo este aparente desorden hay una comprensión profunda de la dimensión histórica y la psicología del personaje. Sin embargo, en la novela puede identificarse que

Las formas y contenidos de la historiografía tradicional están continuamente parodiados. La retórica grandilocuente se ve reemplazada por el coloquialismo y un laconismo irrespetuoso. Posee se sirve sistemáticamente del distanciamiento generado por contrastes inesperados. La reunión de elementos dispares produce lo grotesco que se manifiesta sobre todo en anacronismos. (201)

Finalmente, *Daimón* es una novela transgresora tanto en la estructuración formal como en su contenido ideológico; no debe olvidarse que esta novela se publica en el apogeo de los regímenes militares. Contiene pasajes verdaderamente poéticos y momentos de distanciamiento exasperante. Sin embargo, es una novela que equilibra los experimentos estilísticos con la contundencia del discurso, que pone en evidencia los conflictos de la identidad latinoamericana.